

nacen de padres jóvenes, sanos, y robustos, de los que nacen de padres viejos, endebles, ó mal sanos. Y aunque de estos últimos puedan tambien salir cerebros perfectamente organizados, con todo, por lo regular aparecerá el defecto de sus padres en sus cuerpos, y espíritus.

## CAPITULO IV.

*De las diversas inclinaciones de los hombres, á causa de sus varios cuerpos, y espíritus.*

## §. I.

**D**Exó entre sus voluminosas obras el insigne Médico Galeno una obrita con este título, *que las costumbres del ánimo siguen el temperamento del cuerpo*. En prueba del asunto cita varias autoridades de Hippócrates, Platon, y Aristóteles, nombres todos venerables: puede juntarse á estos tambien Parménides, el qual por testimonio del dicho Aristóteles fué del mismo dictámen. Siguiendo, pues, á este famoso Escritor, llamaremos á exámen la inclinacion natural de las personas. Por esta entiendo yo una vigorosa propension, y aptitud interna, que tiene el hombre á una cierta manera de vivir, y obrar, que puede muy bien crecer, ó mudarse con la educacion, y con los hábitos que vengan despues, pero que nosotros ordinariamente la llevamos con nosotros mismos desde el vientre de nuestra madre hasta el sepulcro. Todo el jóven que meta la mano en su pecho, y pesase la inclinacion que le ha tocado por suerte, podrá, si quiere, dar buena razon de su índole. Quien la reconocerá buena, y quien mala: algunos inclinada á la virtud: otros al vicio: aquellos quando se les proponen acciones honestas, y laudables, corren á practicarlas sin dificultad, ni fatiga, y sienten en sí mismos un aborrecimiento, y odio á las acciones deshonestas, y abominables; y si acaso alguna vez por mera fragilidad humana caen en alguna culpa, al punto se les

cu-

cubre el rostro de vergüenza, y sienten un vivo disgusto, y dolor, y no tardan á volver á entrar en el camino de la virtud.

Pueden estos decir con el Sabio (*Sortitus sum animam bonam*, Sap. c. 8. v. 19): me ha caido en suerte una buena alma; esto es, segun los Sagrados Intérpretes, una buena índole. Otros por el contrario gustosamente se dexan arrebatar de este, ó de aquel vicio, no bastando las reprehensiones, exhortaciones, y aun castigos para contenerlos; y si alguna vez se logra, vuelven al punto á engolfarse en sus apetecidas iniquidades. Quien es tímido, quien terrible, quien vergonzoso, quien descarado, algunos son inclinados á la crueldad, otros á la luxuria, á los latrocinios, á la ociosidad, á la embriaguez, á la avaricia, y á otros desórdenes semejantes. No hay duda que algunos quando son inducidos á forjar un engaño, un enredo, una mentira dañosa á otros, sienten en su interior disgusto de obrar así; pero hay otros, á quienes este modo de obrar no cuesta dificultad alguna, y concurren á semejantes cosas de muy buena gana, y aun parece que los impele á esto su perversa naturaleza.

Nos habrá sucedido muchas veces el encontrar personas tan compasivas, y de corazon tan tierno, que no pueden sufrir el que se maltrate delante de ellos un animal irracional: no tienen corazon para ver matar un pollo, ni un cordero; y otras tan crueles, y fieras, que aun á sangre fria quitan la vida á un hombre, y á un hombre inocente. Esta índole, ó buena, ó perversa, esta inclinacion innata, y como indeliberada propension á las acciones virtuosas, ó viciosas; á quien la debemos atribuir? No ciertamente á nuestras almas, las quales ningun Cristiano juzgará que son desiguales entre sí, puede provenir esta diversidad de hábitos diferentes, y contrarios; pero aun ántes de formarse estos hábitos, ó buenos, ó malos, encontramos en los hombres estas buenas, ó malas inclinaciones: de donde se infiere, que la variedad de índoles procede del cuerpo muchas veces, el qual amasa-

E4

do,



do, ó empastado, digamoslo así, de este modo, y no del otro, y unido despues con el alma, comunica á esta no menos lo bueno de sus perfecciones, que el daño de sus defectos naturales; y segun su desigualdad, inclina á su compañera, ó por mejor decir á su señora, á movimientos desiguales de amor, ó de odio, y da mayor, ó menor fuerza á estos movimientos, y á todas las demas acciones del alma.

## §. II.

ES muy comun el decir, que este, ó el otro tiene un buen, ó mal natural, para significar esta índole, ó inclinacion que ha nacido con nosotros, y que es un don feliz, ó infeliz de la naturaleza. Con este magestuoso nombre de naturaleza, tan familiar á los Filósofos, y aun al mismo vulgo, no debemos entender ciertamente alguna espiritual inteligencia puesta por Dios, dotada de razon, y conocimiento, y que por órden del mismo Señor, y haciendo sus veces gobierne, y dirija este mundo, como ha pensado alguno en nuestro tiempo; sino que se ha de entender el conjunto de aquellas firmes, y constantes leyes, á las quales desde el principio sujetó Dios todas las criaturas, y sus movimientos, ya libres, ya necesarios, como mejor lo juzgó su infinita sabiduría. Segun estas leyes, precediendo los actos necesarios á la generacion del hombre, vienen á formarse las admirables máquinas de los cuerpos humanos, que aunque todas sean semejantes en las partes primarias, ó substanciales, son diversas, ó desemejantes entre sí en las secundarias, ó accidentales de su organizacion: algunas muy perfectas, otras no tanto: algunas algo defectuosas, otras demasiado; de lo que resulta aquella variedad increíble que vemos en la superficie de los miembros de los hombres, en sus humores, en sus espíritus, y principalmente en la estructura, ó composicion de sus cerebros, que son el origen de la diversidad de ingenios, y diferencia de juicios.

To-

Toda esta diversidad que hay entre los hombres entre sí, es una conseqüencia de las leyes impresas por Dios en los cuerpos, de manera, que en la generacion, y corrupcion de estos mismos cuerpos, generalmente hablando, no hace Dios otra cosa que concurrir con su influxo universal, como causa primera, sin la qual nada se conserva, y nada pueden hacer las causas segundas. Pero el Señor nada cria de nuevo en la formacion de los cuerpos nuevos: solamente cria de nuevo el alma racional, que él mismo une á estos cuerpos nuevamente formados. Aquí, pues, deberia levantar las manos al Cielo, y prorumpir en humilde, y afectuosa accion de gracias al Soberano Artífice qualquiera que reconoce en sí una índole buena, y uua fuerte inclinacion á todo lo que sea virtud, y uua aversion á todas las acciones que sean viciosas. Esta es una de las gracias mas singulares, que la diestra del Señor dispensa al hombre en su concepcion. Bienaventurado ciertamente, y feliz aquel á quien tocó en suerte un cuerpo formado con tal destreza, y armonía de partes, que por medio de él experimente el alma una tranquilidad de humores, y de espíritus, que le ayuden á obrar solamente cosas honestas, bien ordenadas, y santas.

Si las almas salen todas iguales de las manos de Dios, los cuerpos se hallan sujetos á otros varios accidentes, porque hay entre ellos una desigualdad suma; y si el Altísimo ha destinado para nosotros uno de los cuerpos mejor organizados, esto es, de aquellos que comunican al alma una poderosa inclinacion á la moderacion en todas sus operaciones; y si á este cuerpo mas bien que á otro alguno ha querido unir el alma que constituye á nuestro individuo, todo es efecto de su dignacion, y misericordia, y por esto debemos darle continuas, y humildes gracias; pues es este un anillo, ó eslabon muy importante, del qual puede depender la cadena aun de nuestra suma felicidad.

Ello es cierto que así como el externo aspecto es



diferente, y vario en los cuerpos humanos, así también lo es el temperamento interno, y suele este durar por toda la vida, tal qual lo sacó cada hombre del vientre de su madre, á no ser que los trabajos, los alimentos, la mutacion del ayre, y especialmente la de la edad muden de algun modo la disposicion de nuestros humores; pero nunca será total, y perfecta la mutacion. Aquel á quien, por exemplo, la naturaleza ha dado una complexión, que por ella venga á ser colérico, melancólico, y flemático, siempre lo será hasta el sepulcro, sino es que la virtud refrene, y esconda de nuestra vista de algun modo esta natural disposicion. Se ha de notar, que baxo este nombre temperamento quiero significar la composicion, y mezcla de varios fluidos, y humores, que el Artífice Supremo ha dispuesto con tanta simetría en los cuerpos de los animales, y de consiguiente en el del hombre, atentos todos al cumplimiento de su propio oficio, sin que el uno confunda, ó impida por lo comun el ministerio de los otros. Por tanto, ó bien sea la abundancia, ó la escasez de los esfluvios, ó espíritus, que brotan de algunos de estos humores, y substancias, ó bien su propia figura, que suele ser muy diversa en diversos sugetos, son en mi juicio no pocas veces las causas mas próximas del influxo que tienen en las costumbres del hombre. Observamos que la virtud para mantener la especie se halla solamente en los varones; y parece que á esta misma virtud se ha fixado un asiento, y lugar determinado en la artificiosa, y admirable máquina del cuerpo humano. Pero ó sea que ella rebose de sus mismos vasos, ó que sus espíritus sutilísimos, como es muy verosímil, pasen, y se difundan, ó esparzan por los otros fluidos, y por los poros de las otras partes del cuerpo (reconociéndose esto muchas veces por el olor de las carnes de ciertos animales), parece que su virtud, y efectos se extienden mucho, sirviendo á producir en el hombre, y aun en los otros animales, un cierto gé-

ne-

nero de vigor, y fuerza, y á veces de ferocidad, valentía, y furor, que no pueda atribuirse á otra causa sino es á esta.

En las hembras, porque carecen de semejantes espíritus, regularmente no se encuentra un igual vigor, ó por lo menos no tanto como en los varones; y si á estos, contra la institucion de la naturaleza, les falta la mina de estos espíritus, entónces los hallamos como convertidos en mugeres, tímidos, flacos, y sin aquella primera animosidad. Y esto es así, se descubre en alguna manera que nace de este principio, y por él crece el valor, y animosidad del hombre; y faltando este, se apodera de él la timidez, y cobardía. Asimismo no puede dudarse, que de estos mismos espíritus, conducidos desde determinados nervios á la fantasía, esto es, al cerebro, y principalmente quando son irritados, provenga la ciega, y furiosa pasion de la luxuria, la qual fácilmente transfunde en nuestra alma sus movimientos desarreglados, y todo su veneno, y es capaz, si la virtud no la refrena, de arrastrarla á vicios perversos, é infames, y aun á bestiales costumbres.

## §. III.

Opportunamente se presenta en estos exemplos uno de los influxos que tiene el cuerpo en el alma, y de este fácilmente se deduce, y conoce el taller, ú oficina interna, que á la sordina, por decirlo así, pueden hacer los espíritus de otros humores, y fluidos de nuestra materia terrena. Pero lo mas admirable es, que estos espíritus animales llevan consigo una grande actividad, y fuerza aun para las funciones intelectuales del alma, y para inclinarla á ciertas operaciones morales. Por mas que se conciban dichos espíritus muy pequeños, y compuestos de una materia sutilísima, con todo siempre conservan la configuracion que traen de la misma materia de donde nacen, y se originan, y esta configuracion puede ser varia, y de consiguiente producir diver-



versos efectos. De la misma manera las sales, no obstante que se comprehenden en una sola categoría de cuerpos sabrosos, con todo se distinguen, y dividen en varias clases, á causa de sus diversas superficies, observándose que hay sales dulces, sales amargas, ácidas, agrias, austeras, cáusticas, y de otros varios sabores, y figurás, que no tienen nombre en el vocabulario de mi memoria.

Con gusto hago aquí mención de las sales, porque es probable, que de aquellas sales volátiles, de que abunda la sangre del cuerpo humano, alambicadas, filtradas, y sutilizadas por el calor interno, se forman los mismos espíritus animales en la oficina de nuestro cerebro. Y si á este principio químico quisiese alguno añadir para la formación de estos espíritus aquellas partículas desmenuzadas, y esparcidas de los otros dos principios químicos, quiero decir, del mercurio, y azufre, que se cree tienen jurisdicción en la sangre, añádalos en buen hora, que no me opondré á este modo de pensar, con tal que estemos de acuerdo en admitir como cosa verosímil, por no decir cierta, que las partes mas enérgicas, eficaces, y sutiles de la sangre arteriosa, y sus flamantes chispas son aquellas, que á la manera que del vino se saca su espíritu, así ellas de la sangre pasan á ser espíritus animales, y como portadores del comercio que mantiene el alma con el cuerpo unido á ella, y con los demas cuerpos externos. Estos espíritus á proporcion de la diversidad de las sales, y azufres de que son engendrados, tienen entre sí diversa figura, y por tanto diversos efectos. No he llamado lucidos, ó flamantes á estos espíritus por puro antojo mio; pues la experiencia demuestra, que así en los brutos, como en los hombres, hay algunos que en la obscuridad de la noche ven los objetos, no por otra razón, sino porque sus espíritus animales despiden por sus ojos aquella luz con la que pueden distinguir los objetos.

## §. IV.

Esto supuesto, pasemos ahora á observar los varios genios de los hombres. Egesipo, por exemplo, es una persona quieta, que naturalmente no se irrita con las injurias, y que para hacerla montar en cólera no bastaría un caballo que recalitre obstinadamente, aun despues de haberle disparado muchos pares de coces. Los espíritus de este se compondrán de una sal alcálica, y dulce. Corina se manifiesta á todos afable, y placentera: no sabe ser desdeñosa, y le cuesta mucho trabajo el hablar enfadada; acaso en ella el pudor, que en otras es un baluarte insuperable, es como una tela de araña. Sin duda que sus espíritus se componen de una masa de sal dulce; y si ella creyese fácilmente lo que todos la dicen, si sus discursos, y razonamientos fuesen por lo comun poco salados, ó insípidos, se podrá creer que por sus venas, y arterias corre una buena porcion de la que llamamos sal fatua, y por tanto sus espíritus se deben juzgar extremadamente dulces. Ni son raras estas personas, á quienes vulgarmente solemos llamar de buena pasta. Al contrario vemos á Timon salvage, y tosco en sus modales, áspero en sus respuestas, jamas se rie, y jamas habla que no sea con bravatas: quien pudiese registrarlo interiormente, hallaria su sangre llena de una sal volátil, de donde provienen aquellos espíritus agrios, mordaces, y escabrosos. Asimismo encontraría ciertos espíritus sutilísimos, y puntiagudos, semejantes á pedazitos de fuego, el que registrase la sangre de Organte, hombre tan pronto á la ira, que una sola palabra, un solo gesto, una ojeada sola basta para encendérsela.

De esta misma manera podemos discurrir de otras muchas personas, atribuyendo al temperamento de su sangre, y de los espíritus conformes á ella uno de los primeros principios, que causan el diverso temperamento, y de consiguiente las diversas inclinaciones de los hom-



hombres. Ni basta considerar aquí solamente la diferente configuración de tales espíritus, según yo la creo, sino que también es necesario contar con la mayor, ó menor cantidad de los mismos espíritus, y con la mayor, ó menor expedición con que se mueven. Quando consideramos á Polion tan irresoluto en sus determinaciones, tan tardo, y perezoso en sus acciones, que al oír hablar recio á otros, al punto se encoge, y amilana: que después de haber comenzado una obra, fácilmente la dexa, y se retira arrepentido por qualquiera oposición, y dificultad que sobrevenga: que querría encolezarse, y con justo motivo, pero no halla el cómo que desearía desalojar de sí el miedo, y la timidez en tantas ocasiones, pero que no puede conseguirlo: á este tal le llamamos hombre de poco espíritu; y hablando de este modo, queremos dar á entender que está pobre de aquellos espíritus vigorosos de que se sirve el alma para los arduos negocios que ocurren en el comercio humano. Abundará ciertamente de estos espíritus aquel General de una Armada, que incansable, y ya con frialdad, ya con ardor, se dexa ver en todas partes, y ocasiones entre las fatigas militares, sin conocer el miedo, ni saber que cosa sea reposo.

Encontramos también personas á quienes es necesario arrastrarlas con maromas para que se enfaden; pero una vez enfadados, no solamente se muestran mas animosos, y aun mas fieros que otros, sino que también conservan en sí mismos por tiempo mas dilatado el furor de su ira. Ni la lentitud, y tardanza en airarse proviene de la falta de espíritus, sino de que estos espíritus son por sí lentos, y no muy utilizados, ó porque están unidos á otro humor, que llamaron flema los antiguos, ó porque su temperamento es juntamente colérico, y melancólico. Pero en otros, que con poco se enciende en ellos el fuego, y con un vuelo rápido hace grande impresión, y conmoción en su cerebro, es la causa el nitro, y azufre de sus vivísimos, y sutiles espí-

íritus; mas se observa que después vuelven con presteza á su primera quietud, y calma.

## §. V.

Y para hacer mas patente que las naturales disposiciones del cuerpo son como las primeras semillas, ó principios de nuestras costumbres, repárese con cuidado el mismo trabajo de la naturaleza en los brutos. Vemos algunos perros naturalmente perezosos, tímidos, y de corazón apocado, y otros espirituosos, fogosos, y atrevidos: unos alegres, y mansos, otros terribles, y fieros: algunos festivos, y divertidos, otros melancólicos, serios, y mal acondicionados; y así como estas criaturas irracionales obran de diversos modos, á proporción de los varios espíritus que se forman de su propia sangre, así los animales racionales reciben de su complexión corporea una aptitud, y natural inclinación para obrar mas presto de este modo que del otro. Esto se manifiesta mas particularmente reflexionando que la naturaleza misma nos hace ver de quando en quando exteriormente las disposiciones interiores de los espíritus animales, y la propensión de la máquina corporea á diversos movimientos, que adoptados después por el alma, vienen á ser acciones morales de ella. De hecho, la naturaleza misma suele delinear, y pintar en el rostro de muchas personas, y principalmente en sus ojos el genio, y qualidad interior de sus espíritus. Por lo comun en los ojos de los amantes suelen leer lo que pasa en el corazón.

Así también aquel ayre dulce, que se observa en el rostro de algun sugeto, y aquel que juntamente dulce, y varonil se mira en el de otros, y principalmente campea en sus ojos placenteros, modestos, y risueños, es una perspectiva de lo que se halla en sus interiores, manifestando no los secretos del alma, esto es, de la substancia invisible, pero sí del temperamento de aquellos humores, y espíritus que hay en sus cuerpos: